

El sistema económico a la luz del pensamiento de Francisco. Estudio de la Carta Encíclica *Laudato si'*¹

The economic system in light of Francisco's thinking. Study of the Encyclical Letter *Laudato si'*

Tomás González Alberdi²

Resumen

El presente trabajo busca describir el pensamiento del Papa Francisco en torno al sistema económico, a partir del estudio de la Carta Encíclica *Laudato si'*. Para ello, se analiza en profundidad la totalidad de la obra, en el marco de la teología católica, con el fin de exponer la perspectiva ético-económica de Francisco.

Palabras claves: Sistema Económico, Papa Francisco, *Laudato si'*, Teología Católica

Abstract

This work seeks to describe the thought of Pope Francis regarding the economic system, based on the study of the Encyclical Letter *Laudato si'*. For this, the entire work is analyzed in depth, within the framework of catholic theology, in order to expose the ethical-economic perspective of Francis.

Keywords: Economic System, Pope Francis, *Laudato si'*, Catholic Theology

Introducción

El estudio de las relaciones y los posicionamientos de la Santa Sede en el sistema internacional ha sido, y sigue siendo, un trabajo de relevancia. Como sostiene Ireba (1995) “siempre ha sido grande (...) la importancia de la Santa Sede en el desarrollo integral de la persona humana, en el mantenimiento de la paz internacional y en el desarrollo cotidiano de las relaciones internacionales” (p.7). Por cierto, hay un documento que inicia un corpus teórico sistemático en torno a los problemas económicos y sociales: la Carta Encíclica *Rerum novarum*, redactada en el año 1891

Recibido: 30 de marzo de 2020 ~ Aceptado: 30 de junio de 2020 ~ Publicado: 10 de julio de 2020

¹ Extracto de la tesis presentada para obtener el grado de Licenciado en Gestión de Negocios Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Defendida en abril de 2019.

² Licenciado en Gestión de Negocios Internacionales (UNR). Correo electrónico: t.gonzalezalberdi@gmail.com

por el Papa León XIII. Esta Encíclica dio comienzo a lo que posteriormente el Papa Pío XI denominará Doctrina Social de la Iglesia.

El Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI), publicado por el Pontificio Consejo “Justicia y Paz” (órgano de la Curia romana) en el año 2004, expone, de manera completa y sistemática, el pensamiento social católico. En efecto, “los aspectos teológicos, filosóficos, morales, culturales y pastorales más relevantes de esta enseñanza se presentan orgánicamente en relación a las cuestiones sociales” (DSI 8). Es al interior de este corpus doctrinal en donde abreva y se integra la Carta Encíclica *Laudato si'*, elaborada por el Papa Francisco y publicada por la Santa Sede en junio de 2015; documento que reviste la particularidad, junto con la Carta Encíclica *Caritas in veritate*, del Papa Benedicto XVI, de haber sido producido en el siglo XXI y, por tanto, de dar cuenta de la visión social de la Santa Sede en este nuevo siglo.

La Carta Encíclica *Laudato si'* (en adelante LS) ha sido caracterizada como una Encíclica “ecológica”, no obstante, el documento pontificio se puede leer desde una dimensión ética, ya que además de la cuestión medioambiental, reflexiona, fundamentalmente, en torno a “los grandes problemas de la humanidad”. Francisco sostiene que “una estrategia de cambio real exige repensar la totalidad de los procesos, ya que no basta con incluir consideraciones ecológicas superficiales mientras no se cuestione la lógica subyacente en la cultura actual” (LS 197). Por esto, y como lo expresa el subtítulo de la Encíclica, “Sobre el cuidado de la casa común”, la principal interpelación de Francisco se manifiesta en “el desafío urgente de proteger nuestra casa común, (...) la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral” (LS 13).

Por lo anterior, el documento pontificio –desde una teología moral católica– señala las causas profundas de la injusticia, es decir, describe la matriz cultural que es fundamento y sostén de estructuras indignas. Por cierto, Francisco encuentra en el paradigma tecnocrático, en el antropocentrismo moderno y en el relativismo práctico la modalidad humana responsable de la crisis actual. En efecto, en LS, Francisco sostiene que “la crisis ecológica es una eclosión o una manifestación externa de la crisis ética, cultural y espiritual de la modernidad” (LS 119).

Es importante resaltar que una de las características del discurso pontificio es su condición teológica. En efecto, el presente trabajo profundiza en la dimensión teológica de LS, a los fines de exponer un aspecto fundamental de la reflexión de Francisco. Por cierto, el artículo aborda la noción de “sistema económico” desde el marco de la teología católica. Fundamentalmente, porque si se parte del carácter integral del catolicismo (Mallimaci, 2013), debe pensarse, entre otros aspectos, en una “economía teológica”, esto es el análisis del sistema económico a la luz de la

teología moral católica. Estudiar la reflexión ético-económica de Francisco sin esta perspectiva, es olvidar una condición fundamental del pensamiento social católico. El artículo se divide en dos apartados de análisis, en los cuales se exponen dos modelos culturales antagónicos: “modelo cultural moderno” y “modelo cultural relacional”. Éstos reflejan dos matrices teológicas opuestas, construidas a partir de nociones fundamentales de la teología católica, y utilizadas desde una perspectiva interdisciplinaria. En efecto, el artículo intenta, desde las ciencias sociales, fundamentar con nociones teológicas el pensamiento ético-económico de Francisco, presente en LS.

Modelo cultural moderno: poder tecnocrático

LS no es un discurso ecológico más, sino una fuerte indagación acerca de las lógicas de poder que estructuran al sistema global en su conjunto. Para Francisco, detrás de los aspectos problemáticos que presenta el mundo, hay una causa, un paradigma que rige y explica el modo de funcionamiento del sistema, el cual, según el discurso pontificio, es el que está en crisis y en donde se deben buscar los motivos profundos de sus desequilibrios. Porque, según Francisco, no se puede olvidar “que un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar ‘tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres’” (LS 65).

La Encíclica toma como punto de partida la crisis ecológica, pero no con el objetivo de producir un compendio de los males medioambientales, sino para desarrollar una crítica radical del sistema de poder occidental. En efecto, el discurso pontificio entiende que el malestar global -en donde lo ecológico es sólo una dimensión del mismo-, es consecuencia de un modelo cultural que se ha constituido en la matriz de sentido hegemónico: la modernidad. Y es en esta matriz en donde Francisco inserta, también, a la racionalidad económica dominante.

Francisco destaca que el sistema nunca avanzó tanto, en términos de progreso tecnocientíficos, como en los dos últimos siglos. Sin embargo, según Francisco, dicho progreso está marcado por la concesión de impresionantes cuotas de poder y dominio a quienes monopolizan el conocimiento y el avance técnico: “¿En manos de quiénes está y puede llegar a estar tanto poder? Es tremendamente riesgoso que resida en una pequeña parte de la humanidad” (LS 104). Es en dicho contexto en donde problematiza el tipo de racionalidad que se configura con el “modelo cultural moderno”. En efecto, en este punto los cuestionamientos de Francisco se hacen radicales. Por cierto, retoma a un autor que es una referencia permanente en su abordaje sobre la problemática moderna: Romano Guardini (1958).

Se tiende a «creer que todo incremento del poder constituye sin más un progreso, un aumento de seguridad, de utilidad, de bienestar, de energía vital, de plenitud de los valores» [pp.111-112], como si la realidad, el bien y la verdad brotaran espontáneamente del mismo poder tecnológico y económico. El hecho es que «el hombre moderno no está preparado para utilizar el poder con acierto» [p.112], porque el inmenso crecimiento tecnológico no estuvo acompañado de un desarrollo del ser humano en responsabilidad, valores, conciencia (LS 105).

El discurso pontificio identifica rápidamente al poder tecnocrático como uno de los pilares que configuran la matriz de la racionalidad moderna. Un poder ilimitado que sitúa al otro en términos de objeto, y a quien lo ejerce como propietario (tecnócrata) que posee el objeto para su total manipulación. Entendiendo al otro en sentido sistémico, es decir, no solamente a la persona humana, sino al planeta y a sus especies todas; el poder tecnocrático demanda la totalidad, dominándolo y fetichizándolo todo, sostiene Francisco. Es a ese tipo de poder al cual señala como objeto a limitar, ya que sin una cabal comprensión del daño que produce al resto de los hombres y a la tierra, el poder tecnocrático moderno seguirá causando malestar y destruyendo la “casa común”.

La posibilidad de que el hombre utilice mal el poder crece constantemente cuando no está sometido a norma alguna reguladora de la libertad, sino únicamente a los supuestos imperativos de la utilidad y de la seguridad. El ser humano no es plenamente autónomo. Su libertad se enferma cuando se entrega a las fuerzas ciegas del inconsciente, de las necesidades inmediatas, del egoísmo, de la violencia. En ese sentido, está desnudo y expuesto frente a su propio poder, que sigue creciendo, sin tener los elementos para controlarlo. Puede disponer de mecanismos superficiales, pero podemos sostener que le falta una ética sólida, una cultura y una espiritualidad que realmente lo limiten y lo contengan en una lúcida abnegación (LS 105).

Para Francisco, la racionalidad moderna -y su fase contemporánea, la posmoderna- se ha instaurado como cultura hegemónica, una racionalidad que se ha hecho carne y que no permite al hombre pensarse y pensar al mundo de un modo distinto. A los graves problemas que emergen -desde el “cambio climático” a la crisis financiera de 2008- se los intenta resolver a partir de cambios “técnicos” pero sin poner en cuestionamiento el modelo cultural de fondo, que es el que continúa imponiendo su

racionalidad a todo el sistema. Desde este enfoque se despliega el discurso del Papa para describir y analizar el sistema económico internacional.

El problema fundamental es otro más profundo todavía: el modo como la humanidad de hecho ha asumido la tecnología y su desarrollo junto con un paradigma homogéneo y unidimensional. En él se destaca un concepto del sujeto que progresivamente, en el proceso lógico-racional, abarca y así posee el objeto que se halla afuera. Ese sujeto se despliega en el establecimiento del método científico con su experimentación, que ya es explícitamente técnica de posesión, dominio y transformación. Es como si el sujeto se hallara frente a lo informe totalmente disponible para su manipulación (LS 106).

Esta racionalidad moderna, según Francisco, pone a la razón instrumental como paradigma de comprensión de la realidad, haciendo del sujeto un objeto más. Para el Papa, hablar de sujeto moderno es, en términos hegemónicos, hablar de objetos; trágica situación en donde la dignidad y la singularidad de la persona es olvidada. Peor situación atraviesan las demás especies, animales y vegetales, que casi no tienen mecanismos de resistencia frente al avance de la modernidad.

En el origen de muchas dificultades del mundo actual, está ante todo la tendencia, no siempre consciente, a constituir la metodología y los objetivos de la tecnociencia en un paradigma de comprensión que condiciona la vida de las personas y el funcionamiento de la sociedad... Hay que reconocer que los objetos producto de la técnica no son neutros, porque crean un entramado que termina condicionando los estilos de vida y orientan las posibilidades sociales en la línea de los intereses de determinados grupos de poder. Ciertas elecciones, que parecen puramente instrumentales, en realidad son elecciones acerca de la vida social que se quiere desarrollar (LS 107).

De esta forma, el paradigma tecnocrático deviene en totalidad cerrada, porque ese es su objetivo de fondo: el dominio absoluto. Más allá de los avances en términos de bienestar, se necesita comprender, según Francisco, que el análisis debe ponerse en qué tipo de hombre y de mundo emergieron a partir de la expansión global de la técnica. Según Francisco, se fue moldeando un hombre autorreferencial y consumista que poco le importa su vínculo con el otro y con la naturaleza. Los pactos sociales de la modernidad occidental fueron proyectando, paradójicamente

(ya que dichos pactos debieran asegurar sociedades fraternas), un “hombre lobo del hombre”, donde el otro es un “competidor” a vencer y la naturaleza un medio inagotable a explotar y manipular. A fin de cuentas, un mundo donde cada vez es más difícil construir lazos de comunidad y solidaridad.

No puede pensarse que sea posible sostener otro paradigma cultural y servirse de la técnica como de un mero instrumento, porque hoy el paradigma tecnocrático se ha vuelto tan dominante que es muy difícil prescindir de sus recursos, y más difícil todavía es utilizarlos sin ser dominados por su lógica. Se volvió contracultural elegir un estilo de vida con objetivos que puedan ser al menos en parte independientes de la técnica, de sus costos y de su poder globalizador y masificador. De hecho, la técnica tiene una inclinación a buscar que nada quede fuera de su férrea lógica, y el hombre que posee la técnica sabe que, en el fondo, esta no se dirige ni a la utilidad ni al bienestar, sino al dominio; el dominio, en el sentido más extremo de la palabra. Por eso intenta controlar tanto los elementos de la naturaleza como los de la existencia humana (LS 108).

359

Mercantilización

Al describir el sistema económico-político, LS presenta una matriz en donde la racionalidad está puesta en la eficiencia técnica del “mercado”. Donde este último, adquiere tal relevancia (especialmente en la fase posmoderna, con la desregulación de los mercados financieros) que se erige en un tótem sagrado, incuestionable, que distribuirá los recursos materiales con tal eficacia que las necesidades de los pueblos serán “mágicamente” resueltas; sólo basta con liberarlo de cualquier límite y dejarlo crecer. Es, quizás, en el campo económico donde mejor se observa cómo el paradigma tecnocrático desplaza a la política, y exige para sí la categoría de “universal absoluto”, donde la racionalidad lógico-matemática es la única que puede expresar la validez o invalidez de los modelos económicos; sin lugar para cuestionamientos éticos, históricos o culturales.

El paradigma tecnocrático también tiende a ejercer su dominio sobre la economía y la política. La economía asume todo desarrollo tecnológico en función del rédito, sin prestar atención a eventuales consecuencias negativas para el ser humano. Las finanzas ahogan a la economía real... En algunos círculos se sostiene que la economía actual y la tecnología resolverán todos los problemas..., del mismo modo que se afirma, con

lenguajes no académicos, que los problemas del hambre y la miseria en el mundo simplemente se resolverán con el crecimiento del mercado. No es una cuestión de teorías económicas..., sino de su instalación en el desarrollo fáctico de la economía... Con sus comportamientos expresan que el objetivo de maximizar los beneficios es suficiente. Pero el mercado por sí mismo no garantiza el desarrollo humano integral y la inclusión social. Mientras tanto, tenemos un superdesarrollo derrochador y consumista, que contrasta de modo inaceptable con situaciones persistentes de miseria deshumanizadora (LS 109).

Es relevante explicitar que LS no es un discurso antiglobalización o antitecnológico, mucho menos aún un llamado a una restauración premoderna, sino que exhorta a situar los avances de la técnica en un modelo cultural alternativo. Un modelo ético que entiende al hombre como un ser relacional y no un mero objeto que clama poder para sí. Un modelo ético-político donde la técnica sea una herramienta –al igual que la economía– para producir bienestar al hombre en un ámbito social –único ámbito de auténtico bienestar– y no una lógica que reduce la experiencia humana a un angustiante limbo tecnológico.

La especialización propia de la tecnología implica una gran dificultad para mirar el conjunto. La fragmentación de los saberes cumple su función a la hora de lograr aplicaciones concretas, pero suele llevar a perder el sentido de la totalidad, de las relaciones que existen entre las cosas, del horizonte amplio, que se vuelve irrelevante... Por eso tampoco pueden reconocerse verdaderos horizontes éticos de referencia. La vida pasa a ser un abandonarse a las circunstancias condicionadas por la técnica, entendida como el principal recurso para interpretar la existencia (LS 110).

Buscar sólo un remedio técnico a cada problema... que surja es aislar cosas que en la realidad están entrelazadas y esconder los verdaderos y más profundos problemas del sistema mundial (LS 111).

El paradigma tecnocrático produce una subjetividad mercantilista, en donde el deseo se desenvuelve en una lógica consumista, es decir, sólo se sacia con la adquisición irrefrenable de objetos (el otro se convierte en un objeto más) para poseer y consumir. Esto, según LS, compone un escenario de desolación y angustia, ya que todo queda reducido a la autorreferencialidad inmediateista, donde no hay

proyecto pasado, presente ni futuro en común, sólo el desierto individualista del consumo.

El consumismo obsesivo es el reflejo subjetivo del paradigma tecnoeconómico. Ocurre lo que ya señalaba Romano Guardini: el ser humano acepta los objetos y las formas de vida, tal como le son impuestos por la planificación y por los productos fabricados en serie y, después de todo, actúa así con el sentimiento de que eso es lo racional y lo acertado (LS 203).

La situación actual del mundo provoca una sensación de inestabilidad e inseguridad que a su vez favorece formas de egoísmo colectivo. Cuando las personas se vuelven autorreferenciales y se aíslan en su propia conciencia, acrecientan su voracidad. Mientras más vacío está el corazón de la persona, más necesita objetos para comprar, poseer y consumir (LS 204).

Sueño prometeico

No es sólo la satisfacción inmediateista y vertiginosa, en la cual el hombre se encuentra producto del paradigma tecnocrático, sino que a esto se suma una desmesura (megalomanía) que la condición humana ha alcanzado. La crítica de LS, señala cómo en el mundo moderno todo se dispone para el dominio del hombre, desde el planeta hasta las personas más débiles y vulnerables (los pobres); en efecto, éstas son manipuladas para que los hombres-poderosos decidan qué se debe hacer con ellas, misma lógica se reproduce entre los países pobres y los países ricos.

La deuda externa de los países pobres se ha convertido en un instrumento de control, pero no ocurre lo mismo con la deuda ecológica. De diversas maneras, los pueblos en vías de desarrollo, donde se encuentran las más importantes reservas de la biosfera, siguen alimentando el desarrollo de los países más ricos a costa de su presente y de su futuro. La tierra de los pobres del Sur es rica y poco contaminada, pero el acceso a la propiedad de los bienes y recursos para satisfacer sus necesidades vitales les está vedado por un sistema de relaciones comerciales y de propiedad estructuralmente perverso (LS 52).

Por cierto, en torno a la relación hombre-naturaleza, el documento pontificio reconoce que en ocasiones se produjo una mala interpretación de la antropología cristiana y el rol del hombre frente a la tierra.

En la modernidad hubo una gran desmesura antropocéntrica que, con otro ropaje, hoy sigue dañando toda referencia común y todo intento por fortalecer los lazos sociales... Una presentación inadecuada de la antropología cristiana pudo llegar a respaldar una concepción equivocada sobre la relación del ser humano con el mundo. Se transmitió muchas veces un sueño prometeico de dominio sobre el mundo que provocó la impresión de que el cuidado de la naturaleza es cosa de débiles (LS 116).

Sin embargo, Francisco deja en claro que el hombre se vincula en términos de apertura y relación fraternal no sólo con el resto de los hombres, sino también con la tierra y con las demás especies que componen el mundo. En consecuencia, todo está conectado dice el Papa, y si el hombre se constituye en dominador absoluto, la base de su existencia misma se derrumba (LS 117). Y cita a Benedicto XVI, cuando en la Carta Encíclica *Caritas in veritate* sostiene que “en vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios en la obra de la creación, el hombre suplanta a Dios y con ello provoca la rebelión de la naturaleza” (LS 117).

Al mismo tiempo, LS marca su diferencia con ciertas tradiciones que exaltan la “naturaleza” y reducen la dimensión humana. Para el documento pontificio, dichas posiciones sostienen que para resolver el mal que produce el antropocentrismo, hay que suplantarlos por un biocentrismo, excluyendo la relevancia de lo social. Esto va en contra de la antropología cristiana en su sentido clásico, es por ello que Francisco se desprende de cualquier perspectiva que niega la relevancia del hombre y la dimensión social de la vida en la tierra.

Para una adecuada relación con el mundo creado no hace falta debilitar la dimensión social del ser humano y tampoco su dimensión trascendente, su apertura al «Tú» divino. Porque no se puede proponer una relación con el ambiente aislada de la relación con las demás personas y con Dios. Sería un individualismo romántico disfrazado de belleza ecológica y un asfixiante encierro en la inmanencia (LS 119).

Relativismo práctico

Hay un tercer elemento que LS señala al momento de describir el “modelo cultural moderno”: el relativismo práctico. Éste se caracteriza por desconocer principio ético alguno, o expresado de otra forma, todo queda subordinado al deseo circunstancial del hombre. La prioridad absoluta la tienen los intereses particulares y momentáneos, sin miramientos del impacto que este comportamiento pueda

producir en el otro. Es la cultura del relativismo la que se esconde en un amplio espectro de degradaciones que son efectuadas en el mundo contemporáneo.

La cultura del relativismo es la misma patología que empuja a una persona a aprovecharse de otra y a tratarla como mero objeto, obligándola a trabajos forzados, o convirtiéndola en esclava a causa de una deuda. Es la misma lógica que lleva a la explotación sexual de los niños, o al abandono de los ancianos que no sirven para los propios intereses. Es también la lógica interna de quien dice: «Dejemos que las fuerzas invisibles del mercado regulen la economía, porque sus impactos sobre la sociedad y sobre la naturaleza son daños inevitables» (LS 123).

Es relevante insistir que Francisco señala, a lo largo de toda la Encíclica, que es en el modelo cultural hegemónico donde se deben buscar los elementos que producen las múltiples crisis del mundo contemporáneo (ecológica, económica, política y social), ya que son consecuencia de la misma racionalidad dominante: la modernidad. Y lo deja en claro en el número 122 de LS, describiendo los tres elementos constitutivos del “modelo cultural moderno”, que alimentados mutuamente producen la cultura dominante:

No debería llamar la atención que, junto con la omnipresencia del paradigma tecnocrático y la adoración del poder humano sin límites, se desarrolle en los sujetos este relativismo donde todo se vuelve irrelevante si no sirve a los propios intereses inmediatos. Hay en esto una lógica que permite comprender cómo se alimentan mutuamente diversas actitudes que provocan al mismo tiempo la degradación ambiental y la degradación social (LS 122).

Modelo cultural relacional: Trinidad

La crítica radical que desarrolla LS sobre el “modelo cultural moderno”, se realiza en base a la comparación con un modelo alternativo, que es el que presenta la Iglesia católica, y que se corresponde con las bases de la teología católica. El último es un “modelo cultural relacional” y se caracteriza por una opción de vida que “sale-de-sí-hacia-el-otro”, y no se cierra en la autorreferencialidad propia de la racionalidad moderna. En efecto, se trata del modelo trinitario, el que constituye el núcleo central de la teología católica, y el cual el Papa Francisco sitúa como base de una nueva vida, que fundamenta la noción de ser social en la idea trinitaria. Es por ello

que exhorta, junto a la Carta de la Tierra³, a un renovado despertar, ya que “como nunca antes en la historia, el destino común nos hace un llamado a buscar un nuevo comienzo” (LS 207).

Es importante conocer el fundamento teológico desde donde LS analiza e interpreta la realidad. Como explica Cuda (2016), para comprender al:

Ser como relacional, propuesto como fundamento teológico-político de la cultura de la vida –que es predicado por el Papa en continuidad con el magisterio episcopal latinoamericano, y en contraposición al fundamento individualista de una cultura que mata-, hay que saber primero que el Dios del Cristianismo es Uno y Trino.... Mientras para los griegos el *arche* es cosmológico, para los judíos es personal, lo que implica que el principio es relacional, o que la relación es el *arche*. Pero es una relación constituida por una unidad en la distinción. Entre el Padre y el Hijo hay relación entre personas, relación que es originaria, donde es posible la distinción de cada una de las personas en una unidad que no las confunde. Eso es el ser relacional, lo cual significa que el Hijo no puede ser sin el Padre, y el Padre no puede ser sin el Hijo. Por eso el Padre no crea al Hijo en un momento, lo engendra desde siempre. A este tipo de relación el dogma cristiano la llama comunicación, dialogo, relaciones de mutuo (pp.191-192).

364

Por lo anterior, el Papa Francisco manifiesta la importancia de resignificar los relatos bíblicos para construir un “nuevo comienzo” frente a la crisis del “modelo cultural moderno”. En efecto, indaga en la teología de la creación con la intención de revelar el vínculo originario del hombre con el resto de la creación.

En la primera narración de la obra creadora en el libro del Génesis, el plan de Dios incluye la creación de la humanidad. Luego de la creación del ser humano, se dice que «Dios vio todo lo que había hecho y era muy bueno» (Gn 1,31). La Biblia enseña que cada ser humano es creado por amor, hecho a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26). Esta afirmación nos muestra la inmensa dignidad de cada persona humana, que «no es

³ La Carta de la Tierra es una declaración de principios éticos fundamentales para la construcción de una sociedad global justa, sostenible y pacífica en el Siglo XXI. El proyecto de la Carta de la Tierra comenzó como una iniciativa de las Naciones Unidas, pero se desarrolló y finalizó como una iniciativa de la sociedad civil. En el año 2000, se concluyó el documento y la Comisión de la Carta de la Tierra, una entidad internacional independiente, la dio a conocer públicamente como una carta de los pueblos, durante una ceremonia el 29 de junio en el Palacio de Paz, en la Haya, Holanda.

solamente algo, sino alguien. Es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas» (LS 65).

Luego, Francisco realiza una exegética del libro del Génesis en donde explicita, nuevamente, la matriz relacional -en esta ocasión rastreando sus huellas judeocristianas-. Por cierto, sostiene que existen tres relaciones fundamentales en la existencia humana, las cuales se han roto por pretender ocupar el lugar de Dios.

Los relatos de la creación en el libro del Génesis contienen, en su lenguaje simbólico y narrativo, profundas enseñanzas sobre la existencia humana y su realidad histórica. Estas narraciones sugieren que la existencia humana se basa en tres relaciones fundamentales estrechamente conectadas: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra. Según la Biblia, las tres relaciones vitales se han roto, no sólo externamente, sino también dentro de nosotros. Esta ruptura es el pecado. La armonía entre el Creador, la humanidad y todo lo creado fue destruida por haber pretendido ocupar el lugar de Dios, negándonos a reconocernos como criaturas limitadas (LS 66).

365

Este último fragmento recuerda a las repetidas ocasiones en donde, en línea con la tradición bíblica, Francisco habla de los “falsos dioses o ídolos”⁴ en relación al dios dinero. En su Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, manifiesta: “Hemos creado nuevos ídolos. La adoración del antiguo becerro de oro (cf. Ex 32,1-35) ha encontrado una versión nueva y despiadada en el fetichismo del dinero y en la dictadura de la economía” (EG 55). Como se observa, se ha puesto en el lugar de Dios a un ídolo que, como sostiene González Faus (2011) traduciendo a Walter Benjamin, se convierte en religión:

El capitalismo es como la celebración de un culto sin tregua y sin piedad. No hay en él ‘días laborables’, no hay un solo día que no sea ‘día de fiesta’, en el sentido terrible de una ceremonia sacra superdesarrollada: es como el despliegue máximo de aquello que se venera (pp.363-364).

⁴ Como explica José Ignacio González Faus (2011): “La Biblia dice de los ídolos, es ‘obra de manos humanas’: por un instinto y un proceso muy arraigados en la entraña humana, acabamos llamando dios a la obra de nuestras manos porque nos parece el modo más seguro de poder disponer de Dios y manipularle. El relato bíblico del desierto es de una pedagogía llamativa: el pueblo (que venía de experimentar tanto la liberación de la esclavitud, superior a sus posibilidades humanas y militares, como la dureza del desierto que sigue a esa libertad) acaba postrándose ante un montón de oro fundido y clamando: ‘Estos son tus dioses que te sacaron de la esclavitud’ (Ex 32, 4)” (p. 365).

Para restablecer la armonía, Francisco recuerda que la Biblia exhorta a cuidar y fortalecer una relación fraterna entre el hombre y la tierra, como hijos de Dios. Por cierto, el texto bíblico propone varias normas de cuidado entre las personas y el resto de las especies.

«Si ves caído en el camino el asno o el buey de tu hermano, no te desentenderás de ellos... Cuando encuentres en el camino un nido de ave en un árbol o sobre la tierra, y esté la madre echada sobre los pichones o sobre los huevos, no tomarás a la madre con los hijos» (Dt 22,4.6). En esta línea, el descanso del séptimo día no se propone sólo para el ser humano, sino también «para que reposen tu buey y tu asno» (Ex 23,12). De este modo advertimos que la Biblia no da lugar a un antropocentrismo despótico que se desentienda de las demás criaturas (LS 68).

El Papa resignifica los pasajes bíblicos para resaltar el “modelo cultural relacional”. Por cierto, dicho modelo está en el núcleo de la teología católica, pero hunde sus raíces en estos textos fundantes de la cosmovisión judeocristiana.

En estos relatos tan antiguos, cargados de profundo simbolismo, ya estaba contenida una convicción actual: que todo está relacionado, y que el auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás (LS 70).

La LS continúa recordando la sabiduría de la legislación bíblica. Por cierto, explica que dicha legislación intenta asegurar el equilibrio relacional del ser humano con sus semejantes así como con la naturaleza. Francisco sostiene que al equilibrio hay que entenderlo en un sentido de equidad, porque “el regalo de la tierra con sus frutos pertenece a todo el pueblo” (LS 71), y, al mismo tiempo, en un sentido de cuidado. De esta forma, se posiciona en el corazón de la tradición judeocristiana, expresando una “apertura-hacia-al-otro” (en donde “el otro” es la naturaleza también); modelo antagónico al antropocentrismo moderno. Como ejemplo, cita la ley del *Shabbat*:

La tradición bíblica establece claramente... el redescubrimiento y el respeto de los ritmos inscritos en la naturaleza por la mano del Creador.

Esto se muestra, por ejemplo, en la ley del Shabbath. El séptimo día, Dios descansó de todas sus obras. Dios ordenó a Israel que cada séptimo día debía celebrarse como un día de descanso, un Shabbath (cf. Gn 2,2-3; Ex 16,23; 20,10). Por otra parte, también se instauró un año sabático para Israel y su tierra, cada siete años (cf. Lv 25,1-4), durante el cual se daba un completo descanso a la tierra, no se sembraba y sólo se cosechaba lo indispensable para subsistir y brindar hospitalidad (cf. Lv 25,4-6). Finalmente, pasadas siete semanas de años, es decir, cuarenta y nueve años, se celebraba el Jubileo, año de perdón universal y «de liberación para todos los habitantes» (Lv 25,10) (LS 71).

Esta tradición permanece en el núcleo de sentido fundamental del cristianismo. Aquella que entiende al otro como parte de un universo conformado por sistemas abiertos, que se comunican, participan y dialogan desde siempre. En efecto, como lo refleja la noción trinitaria, hay una lógica de eternidad-abierta en permanente relación, que se refleja en toda la obra de Dios todo el tiempo; porque nunca hubo “un momento” en donde el Padre estuviera sin el Hijo.

En este universo, conformado por sistemas abiertos que entran en comunicación unos con otros, podemos descubrir innumerables formas de relación y participación. Esto lleva a pensar también al conjunto como abierto a la trascendencia de Dios, dentro de la cual se desarrolla (LS 79). Cada uno de nosotros tiene en sí una identidad personal, capaz de entrar en diálogo con los demás y con el mismo Dios. La capacidad de reflexión, la argumentación, la creatividad, la interpretación, la elaboración artística y otras capacidades inéditas muestran una singularidad que trasciende el ámbito físico y biológico. La novedad cualitativa que implica el surgimiento de un ser personal dentro del universo material supone una acción directa de Dios, un llamado peculiar a la vida y a la relación de un Tú a otro tú (LS 81).

Al mismo tiempo, disputando con el modelo del poder tecnocrático moderno, que entiende al otro como un objeto a dominar y oprimir, Francisco expone que el cristianismo ofrece una ética que se asienta en un modelo radicalmente opuesto. En el cual el hombre se vincula en términos de apertura al infinito (de los otros, de la naturaleza y de Dios). Y llama a optar, siempre, por los más débiles y frágiles, criticando las teorías “del más fuerte” o las lógicas meritocráticas tan en boga en las sociedades contemporáneas.

A partir de los relatos bíblicos, consideramos al ser humano como sujeto, que nunca puede ser reducido a la categoría de objeto (LS 81).

La visión que consolida la arbitrariedad del más fuerte ha propiciado inmensas desigualdades, injusticias y violencia para la mayoría de la humanidad, porque los recursos pasan a ser del primero que llega o del que tiene más poder: el ganador se lleva todo. El ideal de armonía, de justicia, de fraternidad y de paz que propone Jesús está en las antípodas de semejante modelo, y así lo expresaba con respecto a los poderes de su época: «Los poderosos de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. Que no sea así entre vosotros, sino que el que quiera ser grande sea el servidor» (Mt 20,25-26) (LS 82).

Algunos párrafos más abajo, LS insiste en mostrar al modelo relacional trinitario como la alternativa a la matriz autorreferencial moderna. Por cierto, Francisco se hace eco de dos autores: Paul Ricoeur y Tomás de Aquino. Del francés cita lo siguiente:

Podemos decir que, «junto a la Revelación propiamente dicha, contenida en la sagrada Escritura, se da una manifestación divina cuando brilla el sol y cuando cae la noche». Prestando atención a esa manifestación, el ser humano aprende a reconocerse a sí mismo en la relación con las demás criaturas: «Yo me autoexpreso al expresar el mundo; yo exploro mi propia sacralidad al intentar descifrar la del mundo» [Ricoeur, 1967, p.249] (LS 85).

En segundo lugar, y con la intención de continuar mostrando el carácter relacional de la teología católica, Francisco cita a Tomás de Aquino.

El conjunto del universo, con sus múltiples relaciones, muestra mejor la inagotable riqueza de Dios. Santo Tomás de Aquino remarcaba sabiamente que la multiplicidad y la variedad provienen «de la intención del primer agente», que quiso que «lo que falta a cada cosa para representar la bondad divina fuera suplido por las otras», porque su bondad «no puede ser representada convenientemente por una sola criatura. Por eso, nosotros necesitamos captar la variedad de las cosas en sus múltiples relaciones (LS 86).

Como se observa a lo largo de LS, la noción de que “todo-está-conectado” es explícita y constante. Al mismo tiempo, se remarca permanentemente la importancia del cuidado de la “madre tierra”, dimensión fundamental de un modelo que se simboliza en una “peregrinación maravillosa y fraterna”.

Todo está conectado... Todo está relacionado, y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también, con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre tierra (LS 91, 92).

Tierra, Techo y Trabajo

El “modelo cultural relacional”, que el Papa Francisco sitúa como base de una nueva vida, sostiene y defiende tres “derechos sagrados”: al techo, al trabajo y a la tierra. Estos derechos son vulnerados al extremo por el sistema económico dominante, ya que millones de personas en el mundo no los tienen garantizados. Por cierto, el Papa manifiesta, en línea con la tradición teológica y con el magisterio pontificio, que la tierra es una ‘herencia común’, cuyos frutos deben beneficiar a todos.

369

El principio de la subordinación de la propiedad privada al destino universal de los bienes y, por tanto, el derecho universal a su uso es una «regla de oro» del comportamiento social y el «primer principio de todo el ordenamiento ético-social». La tradición cristiana nunca reconoció como absoluto o intocable el derecho a la propiedad privada y subrayó la función social de cualquier forma de propiedad privada. San Juan Pablo II recordó con mucho énfasis esta doctrina, diciendo que «Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno» (LS 93).

Como se observa, Francisco sostiene una posición radical en relación al abordaje de la propiedad privada. Sin embargo, expresa lo que siempre ha dicho el catolicismo, que sobre toda propiedad privada recae una hipoteca social, debido al destino común que poseen todos los bienes. Y para ello, hace suyas nuevamente las palabras de Juan Pablo II.

Con toda claridad explicó [Juan Pablo II] que «la Iglesia defiende, sí, el legítimo derecho a la propiedad privada, pero enseña con no menor claridad que sobre toda propiedad privada grava siempre una hipoteca

social, para que los bienes sirvan a la destinación general que Dios les ha dado». Por lo tanto afirmó que «no es conforme con el designio de Dios usar este don de modo tal que sus beneficios favorezcan sólo a unos pocos». Esto cuestiona seriamente los hábitos injustos de una parte de la humanidad (LS 93).

Además, para el Papa, esto tiene consecuencias prácticas. Por cierto, cita lo que manifiestan los Obispos de Paraguay, en cuanto a los derechos sagrados que toda persona (en este caso en relación al campesinado) debe tener garantizados para vivir en dignidad. Y en ésta radica la consecuencia del modelo relacional trinitario: la dignidad de toda la familia humana, en comunión fraterna junto con la madre tierra (Conferencia Episcopal Argentina, 2003, 50). Lo opuesto a la economía dominante; esa “economía mata” (EG 53), denunciará Francisco en otro documento.

«Todo campesino tiene derecho natural a poseer un lote racional de tierra donde pueda establecer su hogar, trabajar para la subsistencia de su familia y tener seguridad existencial. Este derecho debe estar garantizado para que su ejercicio no sea ilusorio sino real. Lo cual significa que, además del título de propiedad, el campesino debe contar con medios de educación técnica, créditos, seguros y comercialización» [Conferencia Episcopal Paraguaya, 1983, 2.4 d] (LS 94).

El medio ambiente es un bien colectivo, patrimonio de toda la humanidad y responsabilidad de todos. Quien se apropia algo es sólo para administrarlo en bien de todos. Si no lo hacemos, cargamos sobre la conciencia el peso de negar la existencia de los otros. Por eso, los Obispos de Nueva Zelanda se preguntaron qué significa el mandamiento «no matarás» cuando «un veinte por ciento de la población mundial consume recursos en tal medida que roba a las naciones pobres y a las futuras generaciones lo que necesitan para sobrevivir» (LS 95).

La Encíclica remite al Evangelio al referirse a la dimensión sacramental del trabajo. En efecto, narra la experiencia de Cristo –una de las Personas de la Trinidad- y su vínculo sagrado con el trabajo. Al mismo tiempo, Francisco explica que la vida de Jesús expresa un modo de existencia muy distinto al que ciertas filosofías enseñaron, desfigurando el verdadero sentido del Evangelio.

Jesús vivía en armonía plena con la creación... No aparecía como un asceta separado del mundo o enemigo de las cosas agradables de la vida.

Refiriéndose a sí mismo expresaba: «Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen que es un comilón y borracho» (Mt 11,19). Estaba lejos de las filosofías que despreciaban el cuerpo, la materia y las cosas de este mundo. Sin embargo, esos dualismos malsanos llegaron a tener una importante influencia en algunos pensadores cristianos a lo largo de la historia y desfiguraron el Evangelio. Jesús trabajaba con sus manos, tomando contacto cotidiano con la materia creada por Dios para darle forma con su habilidad de artesano. Llama la atención que la mayor parte de su vida fue consagrada a esa tarea, en una existencia sencilla que no despertaba admiración alguna: «¿No es este el carpintero, el hijo de María?» (Mc 6,3). Así santificó el trabajo y le otorgó un peculiar valor para nuestra maduración (LS 98).

Para el cristianismo el cuerpo habla, el cuerpo vale, como lo expresa Michael de Certeau (Cuda, 2016): “el objetivo de un caminar que va, como toda peregrinación, hacia un sitio marcado por una desaparición. Hay discurso, pero le falta un cuerpo” (pp.195-196). Y el cuerpo que falta es el cuerpo que viva, que se relacione. Por cierto, la fórmula calcedónica⁵ de la Encarnación (unión sin confusión ni división de ambas naturalezas en Cristo), fundamenta que el *logos* (Palabra divina) está “encarnado” en el mundo (Cuda, 2016). Esta misma base teológica se encuentra en las palabras de Francisco.

El prólogo del Evangelio de Juan (1,1-18) muestra la actividad creadora de Cristo como Palabra divina (Logos). Pero este prólogo sorprende por su afirmación de que esta Palabra «se hizo carne» (Jn 1,14). Una Persona de la Trinidad se insertó en el cosmos creado, corriendo su suerte con él hasta la cruz. Desde el inicio del mundo, pero de modo peculiar a partir de la encarnación, el misterio de Cristo opera de manera oculta en el conjunto de la realidad natural, sin por ello afectar su autonomía (LS 99).

⁵ En el Concilio de Calcedonia, en el año 451, se establece que en Cristo, que es Dios, hay una sola persona con dos naturalezas, la divina y la humana, ambas en unión y sin confusión. Con la palabra *perijóresis* – introducida por Juan Damasceno –, se designa la unión sin confusión de las dos naturalezas, humana y divina, en la persona de Cristo. El vocablo griego *perijóresis* se traduce al latín como *circumincessio*, lo cual significa que uno está en el otro y viceversa, permitiendo la más plena unidad sin confusión de naturalezas (Cuda, 2016).

Nosotros estamos en la tierra

Para Francisco, apoyándose en la formulación calcedónica, es fundamental resaltar que la acción creadora de Cristo como *logos*, se encarna en una cultura y pueblo concreto. En términos teológicos se denomina “inculturación”, y destaca la importancia de “los distintos pueblos, que experimentan el don de Dios según su propia cultura” (EG 116). En efecto, como explica Juan Carlos Scannone (Cuda, 2016):

El «nosotros estamos en la tierra» como sabiduría básica de los pueblos (...) implica arraigo e identidad, genera resistencia a la alienación cultural y se media a través de la creación de cultura, a la que han de corresponder nuevas instituciones y estructuras (p.19).

Es en este lugar hermenéutico en donde se sitúa Francisco para destacar la relevancia del “mundo de símbolos” de cada cultura:

La visión consumista del ser humano, alentada por los engranajes de la actual economía globalizada, tiende a homogeneizar las culturas y a debilitar la inmensa variedad cultural, que es un tesoro de la humanidad. Por eso, pretender resolver todas las dificultades a través de normativas uniformes o de intervenciones técnicas lleva a desatender la complejidad de las problemáticas locales, que requieren la intervención activa de los habitantes. Los nuevos procesos que se van gestando no siempre pueden ser incorporados en esquemas establecidos desde afuera, sino que deben partir de la misma cultura local... Hace falta incorporar la perspectiva de los derechos de los pueblos y las culturas, y así entender que el desarrollo de un grupo social supone un proceso histórico dentro de un contexto cultural y requiere del continuado protagonismo de los actores sociales locales desde su propia cultura. Ni siquiera la noción de calidad de vida puede imponerse, sino que debe entenderse dentro del mundo de símbolos y hábitos propios de cada grupo humano (LS 144).

Según Scannone (quien fuera profesor de Francisco en sus años de formación), para comprender la importancia del “mundo de símbolos” de cada pueblo es:

Necesario volver a la precategory de estar, para poder distinguir que, mientras para los griegos el tema es la pregunta por el ser, y para la ética la pregunta por el bien, para la teología latinoamericana [en la cual se

forma Bergoglio] se trata de pensar en el estar en la tierra, y a ese modo de estar de cada pueblo lo llama sabiduría popular o *logos* inculturado. Ese pensar en el estar-en-la-tierra, no sólo da como resultado un contenido, un concepto, sino también el sabor de una forma (Cuda, 2016, p. 201).

Con esta última expresión, Scannone resalta el carácter prelógico de la “sabiduría popular”, ya que “en la afirmación de sus símbolos como conjuro prelógico está la resistencia a la alienación política de una lógica cuyo lenguaje no hablan, no conocen, no saben” (Cuda, 2016, p.175). Y el Papa destaca en particular la sabiduría indígena:

Es indispensable prestar especial atención a las comunidades aborígenes con sus tradiciones culturales. No son una simple minoría entre otras, sino que deben convertirse en los principales interlocutores, sobre todo a la hora de avanzar en grandes proyectos que afecten a sus espacios. Para ellos, la tierra no es un bien económico, sino don de Dios y de los antepasados que descansan en ella, un espacio sagrado con el cual necesitan interactuar para sostener su identidad y sus valores. Cuando permanecen en sus territorios, son precisamente ellos quienes mejor los cuidan (LS 146).

373

Otro modelo

Francisco exhorta a luchar por un cambio de estructuras. Señala que si el cambio no es radical, y es sólo una modificación superficial, sostenida en el mismo paradigma de sentido que el actual sistema de poder, tendrá un futuro igual de desastroso.

Necesitamos «cambiar el modelo de desarrollo global», lo cual implica reflexionar responsablemente «sobre el sentido de la economía y su finalidad, para corregir sus disfunciones y distorsiones». No basta conciliar, en un término medio, el cuidado de la naturaleza con la renta financiera, o la preservación del ambiente con el progreso. En este tema los términos medios son sólo una pequeña demora en el derrumbe (LS 194).

En esta línea, Francisco cuestiona con dureza aquellos discursos que hablan de un “crecimiento sostenible” de la economía; para él son un mero maquillaje que no discuten la raíz del sistema de poder global. Considera que son estrategias

demagógicas que intentan embellecer los discursos, ofreciendo una realidad de “cambio” a través de operaciones de marketing y publicidad.

El discurso del crecimiento sostenible suele convertirse en un recurso diversivo y exculpatorio que absorbe valores del discurso ecologista dentro de la lógica de las finanzas y de la tecnocracia, y la responsabilidad social y ambiental de las empresas suele reducirse a una serie de acciones de marketing e imagen (LS 194).

Para luchar por un cambio de estructuras, la política adquiere una centralidad fundamental. En efecto, Bergoglio ha destacado desde siempre la relevancia de jerarquizar lo político, por cierto, escribe un artículo en 1989 en donde lo desarrolla extensamente. Allí, sostiene lo siguiente:

Lo político como ‘expresión simbólica de vida en común’, ritual de reconocimiento recíproco en una historia familiar y en una identidad colectiva (donde la lucha por la democracia como estilo de vida y sistema de gobierno no termina allí sino que se transforma también en una lucha por la inalienable dignidad de la persona humana), es entonces cuando la política recobra su sentido más profundo y menos instrumental e inmediatista, en una concepción clásica y cristiana, como aquello que –al decir de Aristóteles– “hace al hombre más bueno”. La tensión en términos de “bonum” es entre bien común y bien particular, lo cual sería la tensión política en cuanto tal (Bergoglio, 1992, p. 280).

En la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, Francisco dirá que la política “es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común” (EG 205). Y continúa ponderándola en LS:

No se puede justificar una economía sin política, que sería incapaz de propiciar otra lógica que rija los diversos aspectos de la crisis actual. La lógica que no permite prever una preocupación sincera por el ambiente es la misma que vuelve imprevisible una preocupación por integrar a los más frágiles, porque «en el vigente modelo “exitista” y “privatista” no parece tener sentido invertir para que los lentos, débiles o menos dotados puedan abrirse camino en la vida» (LS 196).

Sin embargo, el Papa advierte que si la política queda subsumida en la lógica del modelo cultural dominante, no habrá una real y sincera preocupación por los más frágiles y lentos. Por ello, repite hasta el cansancio la necesidad de un cambio radical, un cambio real de estructuras.

Si la política no es capaz de romper una lógica perversa, y también queda subsumida en discursos empobrecidos, seguiremos sin afrontar los grandes problemas de la humanidad. Una estrategia de cambio real exige repensar la totalidad de los procesos, ya que no basta con incluir consideraciones ecológicas superficiales mientras no se cuestione la lógica subyacente en la cultura actual. Una sana política debería ser capaz de asumir este desafío (LS 197).

Por todo lo anterior, el Papa Francisco propone un nuevo modelo civilizatorio, que se encuentra en el corazón del pensamiento social católico: la “civilización del amor”⁶. En efecto, manifiesta que “el amor social es la clave de un auténtico desarrollo” (LS 231). Francisco revela la dimensión suprema del “amor” en la Doctrina Social de la Iglesia: “«Para plasmar una sociedad más humana, más digna de la persona, es necesario revalorizar el amor en la vida social –a nivel político, económico, cultural–, haciéndolo la norma constante y suprema de la acción» [DSI 582]” (LS 231).

Y el “amor social” está presente en el “modelo cultural relacional”. Un modelo que sostiene sus bases de sentido en una trama trinitaria. Porque, según el Papa, siguiendo a San Buenaventura, “toda criatura lleva en sí una estructura propiamente trinitaria” (LS 239). Y hacia el final de LS, junto a Tomás de Aquino, lo explica:

Las Personas divinas son relaciones subsistentes, y el mundo, creado según el modelo divino, es una trama de relaciones. Las criaturas tienden hacia Dios, y a su vez es propio de todo ser viviente tender hacia otra cosa, de tal modo que en el seno del universo podemos encontrar un sinnúmero de constantes relaciones que se entrelazan secretamente (Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I, q. 11). Esto no sólo nos invita a admirar las múltiples conexiones que existen entre las criaturas, sino que nos lleva a descubrir una clave de nuestra propia realización. Porque la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas. Así asume en su propia

⁶ PABLO VI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz* (1 de enero de 1977).

existencia ese dinamismo trinitario que Dios ha impreso en ella desde su creación. Todo está conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad (LS 240).

Conclusiones

El presente artículo intentó aportar a la comprensión del pensamiento del Papa Francisco en torno al sistema económico. En efecto, se analizó el discurso pontificio al interior de uno de sus principales documentos: la Carta Encíclica *Laudato si'*. Se estudió en profundidad la Encíclica, con el objetivo de dilucidar el pensamiento ético-económico de Francisco a la luz de la teología moral católica. Por cierto, se mostró que para entender el funcionamiento del sistema económico, hay que advertir cuál es el modelo cultural que sostiene y produce la racionalidad sistémica. Para Francisco, el sistema económico está en crisis porque el modelo cultural, donde descansa la racionalidad económica dominante, está en crisis.

El trabajo expuso dos modelos culturales antagónicos: “modelo cultural moderno” y “modelo cultural relacional”. La técnica, el antropocentrismo moderno y el relativismo práctico, son las dimensiones que caracterizan el “modelo cultural moderno”. Modelo cultural en donde se produce la racionalidad económica dominante.

En segundo lugar, se expone un modelo cultural opuesto, que proyecta una racionalidad y un sistema económico alternativo: el “modelo cultural relacional”. Un modelo que se configura a imagen del dogma de la Trinidad. En consecuencia, el “modelo cultural relacional” propone formas de vida que hunden su “estar-en-la-tierra” a partir de un “salir-de-sí-hacia-el-otro”. Vidas que se sostienen y afirman en una matriz trinitaria.

El artículo pone de manifiesto la relevancia de la cuestión teológica para discernir el discurso de Francisco. En efecto, el Papa, en continuidad con la tradición y el pensamiento social católico, medita sobre los problemas económicos-sociales a la luz de la teología. En este sentido, sirven las palabras de Juan Pablo II, quien en su Carta Encíclica *Centesimus annus* revela que “la dimensión teológica se hace necesaria para interpretar y resolver los actuales problemas de la convivencia humana” (CA 55).

Por lo anterior, se incluyeron aspectos centrales de teología católica. Entendiendo que es imposible vislumbrar el sentido de las palabras y el discurso de Francisco, sin comprender nociones teológicas fundamentales; como lo es el misterio de la Trinidad. Y al mismo tiempo, con la convicción de que es necesario enriquecer a las

ciencias sociales a través del diálogo con la(s) teología(s). Diálogo que no es frecuente encontrar en los estudios interdisciplinarios.

Referencias bibliográficas

Carta Encíclica *Caritas in veritate* (29 de junio de 2009). Recuperado de: http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate.html

Carta Encíclica *Centesimus annus* (1 mayo 1991). Recuperado de: http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_01051991_centesimus-annus.html

Carta Encíclica *Laudato si'* (24 de mayo de 2015). Recuperado de: http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia (2 de abril de 2004). Recuperado de: http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/justpeace/documents/rc_pc_justpeace_doc_20060526_compendio-dott-soc_sp.html

Conferencia Episcopal Argentina (2003), *Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización: Navega mar adentro*. Recuperado de: <https://www.arquidiocesisbb.com.ar/download/cea/CEA%20-%20Navega%20Mar%20Adentro.pdf>

Conferencia Episcopal Paraguaya (1983), *Carta Pastoral El campesino paraguayo y la tierra*. Recuperado de: <https://episcopal.org.py/?news=el-campesino-paraguayo-y-la-tierra-12-de-junio-de-1983>

Cuda, Emilce (2016), *Para leer a Francisco: teología, ética y política*, Buenos Aires: Manantial.

Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013). Recuperado de: https://m.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html

González Faus, José Ignacio (2011), *El dinero es el único dios y el capitalismo su profeta. Textos y reflexiones útiles para el momento actual*, Revista latinoamericana de teología, núm. 84, pp. 363-370. Recuperado de: <http://www.redicces.org.sv/jspui/bitstream/10972/2257/1/RLT-2011-084-F.pdf>

Ireba, Jorge Omar (1995), *El Estado de la Ciudad del Vaticano y la Santa Sede: a cuál de ellos debe atribuirse subjetividad internacional. Sus relaciones entre sí y con la República Argentina*, en *Prudentia Iuris*, núm. XL, pp. 7-61. Recuperado de: <https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/2855/1/prudentia40.pdf>

Mallimaci, Fortunato (Dir.) (2013), *Atlas de las creencias religiosas en la Argentina*, Buenos Aires: Biblos.

Pablo VI (1977), *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*. Recuperado de: http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/messages/peace/documents/hf_p-vi_mes_19761208_x-world-day-for-peace.html